

## ¡Secuestrados!

**D**espertó de repente. Como si, desde un lejano y desconocido lugar, manos extrañas le aupasen y empujasen para salir del hondón de su negrura. Sin embargo, con la misma rapidez, tras ese fogonazo inicial, todo quedó enfangado. Y, rápidamente, se hundió en tierra de nadie, en esa que nace cuando colisionan somnolencia y vigilia.

¿Anocheecía? Durante varios minutos navegó en una dolorosa duermevela. Luego, a la pesadez de sus ojos, se añadió un terrible zumbido en las sienas y la reseca pastosidad de su boca. Por último, comprobó que el aire, a duras penas, se abría paso por la garganta, árida como el desierto. Tenía la boca sellada con esparadrapo.

Lentamente, tomó conciencia de su cuerpo. El dolor emanaba por todas partes. Sin duda, causa-

do por una forzada inmovilidad y, también, por el ascendente aterrimiento que provocaba el suelo helado. Recorrió la estancia con la mirada. En ella, tan solo distinguió una mesa destartada con restos de comida y algunas botellas vacías. También se impuso la imagen de una silla de anea apoyada en la pared. Fueron los únicos objetos que, como fantasmas, Fabiano logró vislumbrar entre una débil luz, filtrada por las cortinas del ventanuco que presidía la estancia.

Eran objetos que denunciaban presencia humana. Sin duda, una presencia cargada de peligro. Una presencia enemiga o, cuando menos, ingrata que podía aparecer en el momento menos pensado. Sin embargo, el transcurrir de unas horas, eternizándose, sepultó los posibles atisbos de esa presencia. Y su estado de alerta, por un lado, y el del temor, por otro, aminoraron su intensidad. Nadie, ni una voz, ni un ruido permitían aplacar la exasperación que le corroía. La espera se fraguaba tan incierta como interminable. Martina, cercana a él, continuaba inconsciente. Parecía dormida. Como un ángel. Algodonada en el sueño.

Cuando el anochecer se hizo totalmente presente, Fabiano, abatido y resignado, perdió el último destello de esperanza. Debía aceptarlo: había pasado tiempo; tal vez, demasiado. Pero no logró discernir cuánto. Podían ser horas o casi un día entero. Y, salvo la visión de aquel cuartucho, mil veces explorado desde el rincón al que había sido arrastrado, solo el temor a lo desconocido cabía en su mente. Con Martina todavía inconsciente, la incertidumbre de lo que pudiera pasarles acrecentaba su ya insufrible angustia. Las manos atadas y la boca sellada confirmaban de manera clara cuál era la situación.

No tenía dudas: habían sido secuestrados. Pero ¿quién?, ¿por qué?

Las preguntas sin respuesta, martilleándole en el cerebro, perforaban su mente con dentelladas de lobo. Así, sin cesar un momento, la agria herida del miedo seguía aumentando y se propagaba en oleadas concéntricas. Como las sacudidas de un terremoto. Vomitándole la asquerosidad del sufrimiento.

Primero, intentó atar cabos, recordando cada uno de sus pasos desde que saliera de casa.

Necesitaba rebajar la tensión del miedo, cada vez más creciente. También necesitaba apaciguar el tormento destilado por un sentimiento de culpabilidad. Pues él y nadie más que él era el causante del embrollo en el que se encontraban. Él, sólo él, había convencido a Martina para abandonar los ensayos y para internarse en la hosquedad de la ribera del Ebro. Se sentía culpable por no haber dominado la ansiedad de estar a solas con Martina. Por no controlar el deseo de estrechar sus manos, de mirarla sin estorbos, de acariciar su pelo, de rozar su talle y de sentir el calor de su cuerpo o, incluso, si, llegaba el caso, de besarla. Precisamente esa estúpida necesidad que no llegó a satisfacer era la verdadera causa de la crítica situación en la que estaban. Se maldijo mil veces por su necesidad. Porque solo a un «melón» como él, pensó, podía ocurrírsele una tontería semejante.

¿Acaso no había sido una tremenda imbecilidad el escapar entre las sombras, lejos de la gente y en el traicionero cobijo de la arboleda, en las orillas del Ebro?

«¿Cuándo dejaré de comportarme como un perfecto idiota?», se dijo agriamente mientras recordaba su incapacidad para dominar el deseo.

Al adentrarse en la noche, a pesar del cerco asfixiante que imponía el pavor del encierro y del aislamiento en aquel cuartucho, Fabiano procuró que su mente siguiese alerta. Urgía contestar a los interrogantes que se abalanzaban en su mente, sin descanso, uno tras otro. Urgía encontrar respuestas. Al menos, para cuando Martina despertase. Se lo debía. Y, además, creía que él, dadas las circunstancias, estaba predestinado a ser, en el futuro más inmediato, báculo y guía de Martina. Pero el silencio de la estancia era tan intenso y resonaban con tanta fuerza sus lacerantes ecos, acrecentando el dolor, que cualquier intento de razonar quedaba cercenado antes de iniciar su proceso.

No obstante, ese mismo silencio —la ausencia del ruido típico de una ciudad, al que Fabiano estaba acostumbrado—, le destiló, por fin, una realidad: se encontraban en pleno campo. Estaban presos en alguna construcción aislada y perdida. En alguna paridera o en alguna de esas casuchas de

labranza, sin función aparente, que, para casi todo el mundo, pasan desapercibidas.

Cuando menos, pensó, podía asirse a algo concreto. A la mínima ocasión, con o sin secuestradores, estudiaría el horizonte. Sabía que, en campo abierto, las posibilidades siempre suelen multiplicarse. Cabía la huida al menor descuido de su guardián o guardianes. No dudaba de que, aunque nadie diese señales de vida, eran vigilados. La confirmación estaba en las botellas vacías y en los restos de comida desperdigados sobre la mesa.

Varias veces aguzó el oído, aguantando la respiración hasta extremos inimaginables. Pese al sobreesfuerzo, tan solo creyó escuchar a lo lejos un tenue y monótono siseo. Como de agua deslizándose, que, por el momento, nada le aportaba. ¿Un riachuelo?, tal vez ¿una acequia? ¿En qué otra cosa podía pensar?

El moroso transcurrir de las horas continuó añadiendo mayor incertidumbre y llenó su mente de punzadas que lo empujaban hacia el llanto y la histeria. Miró a Martina y se contuvo. Ella seguía igual, respirando con dificultad. Sin duda, la dosis

de cloroformo había sido mucho mayor que la que a él le habían aplicado. O, tal vez, aun siendo la misma, el cuerpo de Martina no supo o no pudo oponer la misma resistencia.

Martina, aunque bien formada y esbelta, estaba delgada. Un tanto escuálida, pero a él le gustaba. Elástico como una gimnasta y turgente como una ninfa recién emergida del agua. Admiraba a Martina y le atraía su hermosura que, por su estupidez, yacía desvencijada a su lado.

Fabiano, preso de rabia, dobló su cuerpo sobre sus rodillas y sobre ellas descargó varios golpes con su cabeza. Ni siquiera había llegado a confesarle lo que sentía por ella. No detuvo el golpeo hasta que su frente entera se pobló de dolor. Con tan extraño castigo consiguió sedarse. El dolor físico enmudecía la potencia de los pinchazos que agrietaban su ánimo. Como si tapase con una estupidez semejante, la estupidez de su anterior actuación. Pensaba sobre todo en Martina, cuyo rostro, exento del miedo y de la angustia que él sí experimentaba, despedía una singular atracción. Irradiaba belleza. Esa belleza inocente que mueve al corazón hasta

inundarlo enteramente con un calor dulce. Amaba a Martina. Eso era. Así de simple. La certeza de ese amor por Martina llegaba, si no a deshora, sí con ironía. Cuando, tal vez, no pudiera satisfacerlo.

El amor —algo más que el afecto de siempre por Martina o el cariño de las últimas semanas— se manifestó con intensidad, real y cálido. Frente a una Martina dormida. Sí, no era como en otras ocasiones: un simple golpe de atracción momentánea, agitada sobre todo por una fugaz atracción. O la necesidad imperiosa de estar a su lado. Era algo más. Lo supo bien. La visión del rostro de Martina le hizo rezumar una excitación extraña, una mixtura entre la necesidad de estar permanentemente a su lado, de «beber sus vientos», de sentir su piel y de sorber su aliento. Una refrescante ráfaga de aire se coló en su pecho, que ardía como una hoguera: la quería. Simplemente, era eso: amor «a todo trapo». Un amor que él, aún, no le había confesado.

«¿Por qué la vida es tan cruel?», se preguntó Fabiano ahogado en uno de sus inconsistentes, inasibles e indefinibles efluvios emocionales.



La pregunta era un sinsentido. Conocía de antemano el imposible de una respuesta clarificadora. Sin embargo, sí fue consciente de que el hecho de hablarse en voz alta posibilitaba la mengua de su agitación. El dolor no hurgaba tan al fondo de la herida.

Miró a Martina y, en su cabeza, se acumularon multitud de imágenes. Intentó ordenar el desbocado tropel de su memoria. Con el intento, además de aminorar la angustia, degustó un placer reparador. La suma de sus recuerdos actuaba como morfina, adormeciendo su agrietado estado de ánimo.

«Recordar es vivir, volver a vivir», meditó contento.

Por ello, haciendo memoria, se hundió hasta el primer día en que sus ojos repararon en Martina. Y buceó lentamente en la mañana de enero cuando, al entrar Martina en el aula, él quedó sorprendido por el sigilo felino con el que ella caminaba. Sin ruido, sin ostentación, con majestuosidad. Sus pasos cortos, sus movimientos leves y su mirar ausente borrarón al resto del aula. Aquella mezcla de realidad y sueño, entre física y etérea, casi impo-

sible, atrajo miradas —especialmente, la suya— y acalló el barullo que suele anteceder a cualquier comienzo de una clase.

Sucedió a finales del año 2007. Martina había llegado a Zaragoza apenas un año antes. Siguiendo a su padre, que aceptó el destino ofertado por la empresa constructora de Valencia en la que trabajaba como jefe de obras. En junio de 2008, Zaragoza tenía que celebrar su Exposición Universal y los trabajos de infraestructura, desde años antes a su inauguración, propiciaron bastantes cambios de residencia. Como el del padre de Martina. O como el de la familia de Fabiano que, originaria de León, se instaló en Zaragoza en el verano de 2004, cuando su padre fue nombrado director de Caja Duero en Aragón.

A Fabiano, al final, le venció el cansancio. Recordando cómo había conocido a Martina, se quedó dormido.